

moidad, dejamos de por medio una cierta cantidad de matices, en este libro. Por ejemplo, el hortera/rock, muy bien representado por Flax. El hortera/rock participa de ambos, duro y nenuco, pero en versión tibia del uno y del otro. Sería híbrido si no fuese eso tan concreto: hortera.

La angustia y la tentación de existir tienen aquí su formulación hortera, no por ello menos válida, sino mucho más, ya que el delincuente (que vagamente asociamos al rock duro) se realiza de alguna forma, y el chico pegamoide nace realizado. (Su problema es *desrealizarse*, incluso en el sentido de desaparecer.) Son las bajas clases medias, siempre, las que no se realizan.

Elvis, que era camionero y tenía corona de oro en una muela, debió haber hecho rock duro, pero el contexto norteamericano de los cincuenta no lo permitía. Entonces pega el salto al rock melódico, sensual y sexual. De este desajuste proviene su decadencia y su muerte tan anticipada. Es un caso paralelo al de Marilyn Monroe. También ella comprende que trae un mensaje *caliente* a un medio *frío*. Toda su vida es un esfuerzo por adaptarse al medio o transformarlo. Finalmente, también la matan las drogas, o sea el sistema. (La farmacología es una de las industrias más poderosas, entre las multinacionales.)

rollo. Es la palabra/comodín del cheli. Me decía un escritor muy ortodoxo:

—Lo malo de esa palabra es que vale para todo.

No. Hemos dicho o diremos en este libro que cuando Jorge Guillén, por ejemplo, escribe *luz*, no es como

cuando lo escribe un poeta mediocre. Poeta es el que convoca su propia luz. El que repristina las palabras. La poesía hay que leerla, pues, desde dentro del poeta, para que todos los poetas no nos suenen igual. El cheli también hay que leerlo desde dentro. Sólo otro cheli sabe en qué sentido se ha dicho *rollo* en cada momento. Pero me parece que un diccionario tiene que ser un poco más objetivo. Veamos.

El rollo, en principio, es todo el conglomerado juvenil que ha elegido la marginalidad. Así, la frase usual «la gente del rollo». Como antes «la gente del bronce». O la gente del toro. Luego, el rollo, en concreto, puede ser sexual, literario, colectivo, amoroso, drogata, etc. Las jais lo expresan en seguida:

—Anoche conocí a un tío, pero tenía un mal rollo. (Era pesado, aburrido o sobón.)

El rollo puede ser bueno o malo. A uno se lo han dicho algunas pasotas, después de la bronca tradicional:

—Y perdona el mal rollo.

O, por el contrario:

—Anoche nos enrollamos bien con la maría.

Hay drogas que tienen un buen rollo y drogas que tienen un mal rollo.

Dentro del mundo del rollo, uno acaba distinguiendo los infinitos matices de la misma palabra, según el contexto. Como sabemos que la *luz* de Guillén o Alexandre no es la de un poeta particular.

Es peyorativo o meliorativo según los casos. En los argots anteriores, rollo era siempre peyorativo:

—Hemos visto una película que es un rollo.

El cheli toma esta palabra y la potencia al máximo. La forma verbal más sugestiva de rollo es *enrollarse*.

«Tengo una gatita que se enrolla mucho», por el animal simpático y cariñoso. O aún una forma ya viciosa: «Tengo una gatita muy enrollada.» Y otras cosas que dicen las jais:

—El tío es feo, pero se enrolla muy bien.

Les gusta Aranguren porque se enrolla bien. El enrollarse supone una manifestación total de la personalidad, claro: simpatía, locuacidad, amenidad, estar al día o «llevar un rollo muy peculiar», que es cosa que se valora mucho.

La vieja excentricidad, cotizada incluso en las sociedades victorianas. Dicen Goldman y Peters: «Los análisis de Jacobson/Levi-Strauss a Baudelaire hacen abstracción de la significación global del texto.» Efectivamente —y muerto el estructuralismo—, en la nueva convivencia, ácrata o no, se valora menos el *qué* que el *cómo*. Enrollarse bien es contar bien lo que sea o contar bien la nada o no contar nada.

Y por aquí podríamos dar con la máxima verdad y valoración del verbo *enrollarse*, el más importante que se ha creado a partir del viejo sustantivo metafórico *rollo*. Enrollarse es la cualidad humana (y ya hemos visto que incluso animal) de comunicarse. Comunicarse no es contar cosas importantísimas o de última hora, sino establecer unas redes léxicas que van envolviendo a todos los presentes, uno o varios, y reteniéndolos mágicamente.

La juventud actual, precisamente porque es lacónica y monosilábica, valora mucho al hombre o la mujer que se enrolla bien. Y enrollarse bien es todo lo contrario de abrumar al personal con historias y dolencias o gracias particulares. Una generación que ha renunciado a la «comunicación profunda» (resto de

los viejos puritanismos de izquierdas), se revela pasota y capaz de flotar en su gusto por el enrollle, que es una vinculación superficial y eficaz. El enrollle, como fórmula que oponer al análisis implacable de la pareja puritana de izquierdas, supone una ligereza de relaciones que sólo se había dado —civilizadísima— en el XVIII francés.

Después de los «juegos de la verdad», llenos de mala conciencia burguesa, y de los psicoanálisis y las psicoterapias de grupo, no menos morbosos que pedantes, el enrollle es una salvación en la frivolidad o la casualidad.

rule. Dícese de la acción de desplazarse de acá para allá, de un lado para otro, con o sin rumbo, generalmente de manera lúdica, por tecas, burles y fumatas:

—Nos hemos pasado la noche de rule.

El origen de la voz es muy pobre, obviamente, y alude a lo que viaja o rueda. Ya existía *rulo*.

roneo. Murmuración.¹

1. Quizá sea apócope de ronroneo.